DISCURSO

PRONUNCIADO EL 10 DE MARZO DE 1842, EN EL BANQUETE DADO EN PARIS POR LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

SEÑORES:

Al escuchar las piadosas y ardientes palabras de M. Scroble, palabras penetradas del calor de un celo tan divino, que llegaban hasta nuestros corazones al través de la diversidad de idioma; al aplaudir como vosotros este llamamiento al sentimiento de la libertad para todos, carácter nacional de la Francia, desde que conquistó, hace medio siglo, la libertad para sí misma y estas invocaciones á que se estienda la influencia francesa por todo el universo y á que esta influencia se santifique con la abolicion universal del oprobioso comercio de esclavos, he esperimentado á la vez un doble sentimiento, un sentimiento de alegría, un sentimiento de tristeza; sí, me regocijaba en mí mismo de ver aquí reunidos fraternalmente á hombres de lenguas, de pátrias, de orígenes, de opiniones diversas, que impulsados por solo el deseo del bien,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

han abandonado su hogar y su pais, han atravesado la mar para venir á combinar sus esfuerzos en favor de una causa que no interesa á ellos, ni á sus familias, ni á sus hijos, ni siquiera á sus conciudadanos; y á consagrarse à la regeneracion de una raza de hombres que no conocen, que jamás han visto, que jamás verán, cuyas bendiciones los seguirán sin duda un dia en el cielo, pero cuyo reconocimiento jamás los alcanzará en la tierra! Hé aquí el desinterés en este siglo que se acusa de egoismo; pero es un desinterés ecsigido por el amor de los hombres y pagado por Dios.

Y al propio tiempo, señores, no podia dejar de entristecerme al pensar que estas sublimes manifestaciones de la caridad hácia el género humano que nos reaniman aquí con toda su fé, y con una fé tan verdadera, tan elocuente en boca de M. Scroble y de sus asociados, no han de resonar fuera de este recinto, sino que al contrario, aun no habreis salido de esta reunion, las palabras que ois aun no se habrán enfriado en vuestros corazones, cuando ya las interpelaciones malévolas, las insinuaciones odiosas, los clamores interesados se apoderarán del de los hombres, de los discursos, y arrojarán sobre todo falsos coloridos, y el ridículo, este primer suplicio de toda verdad, que es menester aguardar y afrontar. La verdad social, religiosa, política seria demasiado fácil de seguir y de abrazar si entre ella y nosotros no estuvieran la mano interesada de la rutina y los dardos acerados de la calumnia.

¿Qué se dirá de nosotros, señores? dos cosas: Que al impulsar á los espíritus á la solucion de la cuestion de la esclavitud en nuestras colonias, somos revolucionarios; y que al querer los esfuerzos combinados de todos los pueblos civilizados para la abolicion de la trata, no somos bastante patriotas. Contestemos.

Somos revolucionarios; ya veis cómo! Acabais de oir las palabras prudentes, mesuradas, irreprochables del orador á quien contesto; habeis oido esta mañana las del duque de Broglie, las de M. Passy, las de M. Barrot, palabras que desde aquí caerán entre el amo y el esclavo sin hacer brotar de sus corazones mas que la justicia, la misericordia y la resignacion: jamás fueron otros los resultados de nuestras reuniones. Yo mismo lo he dicho: no somos, no queremos ser tribunos de humanidad, agitadores de filantropía, y lanzar desde aquí, donde estamos seguros, donde vivimos al abrigo de las leyes y de la fuerza pública, lanzar á nuestras colonias no sé qué principios absolutos cargados de desórdenes, de ruinas y de catástrofes para que allí hagan esplosion, sea cual fuere el peligro, y acaben à un tiempo con los colonos, con los amos y con los esclavos. No, esto seria un crímen y una cobardía, porque mientras recogiéramos aplausos sin peligro en banquetes como este, ó sobre el mármol de algunas tribunas, espondríamos á nuestros hermanos, á nuestros conciudadanos de las colonias, primer objeto de nuestros deberes y de nuestro afecto. (*Aplausos unánimes.*)

¿Qué queremos, pues? Lo que se nos acaba de decir por bocas que añaden autoridad á las palabras: no hacer, sino evitar una revolucion, restaurar un principio y salvar nuestra nacionalidad colonial. Queremos introducir gradual, lenta, prudentemente al negro al goce de los beneficios de la humanidad, á los que lo convidamos bajo la tutela de la madre pátria, como á un niño para que la complete, y no como á un salvage para que la destroce! Queremos esto con las condiciones indispensables de in-

demnizacion á los colonos, de iniciacion graduada á los esclavos; queremos que el advenimiento de los negros à la libertad sea una transicion progresiva y segura de un órden á otro órden, y no un abismo que todo se lo trague, colonos y negros, propiedades, trabajo y colonias! Hé aquí, señores, cómo somos revolucionarios. Decimos á los colonos: "Nada temais, aquí están nuestra justicia y nuestra fuerza para afianzar vuestros bienes y vuestra seguridad." Decimos á los esclavos: "No intenteis conquistar nada por otras vías que no sean el sentimiento público; no tendréis mas libertad que la que os hayamos preparado, que la que se asocie con el buen órden y con el trabajo." Si llamais á esto revolucion, sí; somos revolucionarios; revolucionarios como el órden, revolucionarios como la ley, revolucionarios como la religion, revolucionarios como Fenelon, como Franklin, como Fox, como Cannig, como O'Connell, como los ministros mas conservadores de la Gran Bretaña, como todos esos grandes hombres de tribuna, y todos esos grandes hombres de Estado qne mirando llegada una verdad social al estado de evidencia y de sentimiento en un pueblo, la toman atrevidamente de mano de los filósofos para ponerla sin peligro en manos del legislador, en el dominio de los hechos! Dénos Dios muchos revolucionarios de esta especie; en mucho tiempo no habrà revoluciones subversivas. (*Aplausos.*)

¿Decís que suscitamos, que fomentamos esperanzas entre los negros? ¡Vaya un crímen! ¿No sabeis que el único suplicio que Dios no ha permitido al hombre imponer para siempre á su semejante, es la desesperacion? ¿No sabeis que nada da tanta paciencia como una esperanza, y que no hay bayonetas, ni escuadras, ni càrceles, que puedan va-

er para mantener à los negros en el deber y en la calma, la certidumbre de que la madre pátria, el gobierno se ocupan sériamente de su su suerte, y el rayo de esperanza que desde aquí va á brillar sobre sus últimas horas de servidumbre, y á mostrarles á lo lejos la familia y la libertad? (*Aplausos.*)

Esto en cuanto al primer reproche.

Y ahora ¿es cierto que seamos menos patriotas porque queremos dar pátria á toda una raza de hombres proscritos, y sin lugar debajo del sol? ¿es verdad que seamos menos patriotas que los que felicitándose de tener todos los bienes de la vida civil, no quieren que otros los posean? ¿Acaso la herencia de los hijos de Dios sobre la tierra se asemeja á la herencia limitada del padre de familia en que los hijos tienen una parte tanto menor, cuanto mayor es la que dan à sus hermanos? No, bien lo sabeis, el dominio del Padre comun de los hombres no tiene límites; se estiende con la civilizacion y con el trabajo á medida que á cultivarlo se presentan nuevas razas; es el infinito en espacio, en derechos, en facultades, en desarrollo; es el campo de Dios. El que lo limita y dice à los demás: "No entraréis," no despoja solo al hombre; despoja al mismo Dios, no es solo duro y cruel, es blasfemo é insensato. [*Viva adhesion.*]

¿No será ya tiempo de que al fin nos entendamos sobre lo que se llama patriotismo, para no prodigarnos eternamente como injurias, términos mal definidos que desnaturalizan nuestros pensamientos, y siembran el error y la irritacion entre los hombres y los pueblos?

El patriotismo es el primer sentimiento, el primer deber del hombre adherido por la naturaleza à su pais ante todo,

sobre todo, por todos los vínculos de la familia y de la nacionalidad, que no es mas que la familia engrandecida. El que no fuera patriota no seria hombre completo; seria nómade. ¿Por qué es tan bello morir por la pátria? Porque es morir por algo mas que sí mismo, por algo divino, por la duracion y la perpetuidad de esta familia universal que nos ha engendrado y que todos hemos recibido. (*Bravos.*)

Pero hay dos patriotismos: hay uno que se compone de todos los ódios, de todas las preocupaciones, de todas las groseras antipatías que los pueblos, embrutecidos por gobiernos interesados en desunirlos, alimentan unos contra otros. Detesto, desprecio, aborrezco mucho à las naciones vecinas y rivales de la mia; luego soy muy patriota! Hé aquí el brutal acsioma de ciertos hombres de nuestros dias. Ya veis que este patriotismo cuesta poco: basta ignorar, injuriar y aborrecer! (*Prolongados aplausos.*)

Hay otro que se compone, al contrario, de todas las verdades, de todas las facultades, de los derechos que los pueblos tienen en comun, y que amando ante todo à su propia pátria, deja desbordar sus simpatías mas allà de las razas, de los idiomas y de las fronteras, y que considera las diversas nacionalidades como unidades parciales de la grande unidad general de qus son rádios los diversos pueblos, pero cuyo centro es la civilizacion. Este el patriotismo de las religiones, el de los filósofos, el de los mas grandes hombres de Estado; este fué el de los hombres de 89, el de vuestros padres, el que por medio del contagio de las ideas conquistó mas influencia à nuestro pais que los mismos ejércitos de la época imperial, y la ha conservado mejor. Sí, nuestros padres de 89 nos mostraron en

92 cómo sabian morir por su pàtria los que se atrevian á amar á los hombres!

A ellos tambien se les calumnió, se les injurió, se trató de entregarlos á la irrision y á la cólera del pueblo; à ellos tambien se les acusó de ser instrumentos ó cómplices de los designios maquiavélicos de la Inglaterra para perder nuestras colonias al regenerarlas: contestaron mostrando, nombrando á sus pretendidos cómplices en el parlamento y en las asociaciones británicas. ¿Y quiénes eran, y quiénes son, pues, esos pretendidos conspiradores contra la libertad, los derechos y la seguridad de nuestras colonias? ¿esos pretendidos enemigos de la Francia, quiénes eran, señores? Precisamente los que representantes de la oposicion en Inglaterra combatian con mas perseverancia los pensamientos egoistas, los pensamientos recelosos del gobierno inglés contra nuestros aliados, contra la América, contra nuestra revolucion, contra nosotros. Era Wilberforce, era Skendan, era lord Holland, era Fox; era el partido francés, eran los apóstoles mas apasionados de la influencia de nuestra libertad en todo el universo, hombres que clamaban en pleno parlamento que separar á la Francia de la Inglaterra seria mutilar la civilizacion europea, ó que decian, como Fox, como O'Connell, que la Francia y la Inglaterra eran juntas el pedestal sobre el que se levantaria mas alta en la historia la estàtua de la humanidad.

Hé aquí á estos conspiradores: nombrarlos es absolverlos!

Se escitan las suceptibilidades justamente inevitables de los dos paises, despues de los penosos choques que ha ha-

bido recientemente en la política de entrambos. M. Scroble acaba de tocar este punto con tanta lealtad como delicadeza. Por ello le doy las gracias. Yo lo hubiera evitado; pero es mejor esplicarse altamente y sin reticencias.

Sí, se alarma sin razon el sentimiento público con motivo de un tratado cuya hora era mal escogida, cuya estension y cuyas formas estaban mal calculadas, pero cuyo pensamiento que es el nuestro, no puede ser abondonado por nosotros, y debe ser honrado, en mi ooncepto, en las intenciones de los que en él perserveran. (*Ligeros murmullos.*)

Cómo, señores! porque en playas limitadas, en puntos determinados con prudencia y en espacios del Océano que queremos definir y precisar con todas las garantias para nuestro comercio, con todos los respetos a nuestro honor se uniera esta bandera á la de toda la Europa civilizada para reprimir un infame comercio de hombres, habria degradacion para nuestro pabellon! ¿Consistirá acaso la dignidad de la bandera francesa en cubrir con la inviolabilidad del crímen esos buques estrangeros, esos entrepuentes, esos sepulcros flotantes llenos de cargamentos humanos, en lugar de cubrir un grande y santo principio de humanidad y de libertad conquistado en beneficio de los hombres y en nombre de Dios? Ah! no comprendia así el honor del pabellon naval de la Francia el orador hombre de Estado que presidiendo aquel dia la asamblea nacional, lo saludó por primera vez desde lo alto de la tribuna. "Bogarán por todos los mares, esclamó Mirabeau, los colores nacionales de la Francia y serán la señal de la santa confraternidad de los amigos de la libertad en toda la

tierra!" ¿Qué hubiera dicho el gran profeta de los destinos de la revolucion, si se le hubiera anunciado que á los cincuenta años del dia en que profirió estas bellas palabras habria quienes se atrevieran á reclamar para corsarios americanos, portugueses ò desnacionalizados, el derecho de cubrir sus crímenes?

Señores, afrontemos una vez mas esos miserables clamores de un odioso interés que se encubre bajo las honrosas susceptibilidades de un sentimiento nacional; este sentimiento conocerá en breve á qué vergonzosas combinaciones sirve de velo; el patriotismo sacudirá su manto, y el egoismo interesado se avergonzarà al ser reconocido en toda su desnudez, en toda su debilidad! Se os acaba de pronunciar un nombre, el nombre venerado del varon que pasó por las mismas puertas que nosotros, y que triunfó; porque toda verdad tiene su Calvario en que es menester sufrir àntes de triunfar. Este nombre es el apóstol de la abolicion del comercio de negros, es Wilberforce!

El tambien, él sobre todo, luchó durante cuarenta años por la rehabilitacion de toda una raza proscrita; y luchó con esa constancia, con esa fuerza de voluntad que no se encuentran sino en los hombres que se consagran á una idea, porque siendo una idea algo eterno, algo que no muere, participa, por decirlo así, de la paciencia del que vive y dura eternamente, de Dios. Tambien á Wilberforce los hombres que se decian prácticos en su tiempo lo entregaron á menudo con sus intenciones y su conciencia á la mofa de los políticos de la Gran-Bretaña.

Y con todo, no desesperó, y tuvo en su vida un gran dia, para el que pareció haber vivido todo el número de sus

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

largos años; aquel en que el parlamento de su pais votó la acta de emancipacion! El 28 de Julio de 1828, Wilberforce vivio aún; pero como si hubiera aguardado la recompensa de su vida antes de dejarla, llegaba á su última hora cuando sus amigos fueron á anunciarle que se habia votado la acta libertadora, y que su idea, su idea escarnecida, calumniada, injuriada, desgarrada como la tùnica del mártir durante medio siglo, habia llegado á ser ley de su pais y pronto seria infaliblemente ley de la humanidad!

El santo anciano, absorto ya en los pensamientos eternos, y que hacia tiempo no habia proferido una palabra, pareció reanimarse como la llama que se agita sobre la ceniza; unió sus manos enflaquecidas por la vejez y consumidas por la caridad, las levantó al cielo de donde le habia venido el valor y de donde le venia al fin la victoria; bendijo á Dios, y esclamó como el Autor del universo: "Lo que yo he hecho es bueno! Muero contento." Y pocos momentos despues su espíritu se elevó á la eternidad, llevando á la presencia de Dios las cadenas rotas de un millon de hombres! (*Bravos.*)

Señores, tengamos siempre presente este ejemplo de la paciencia que triunfa de las injusticias y de las preocupaciones del tiempo, y pidamos á Dios que un medio siglo de trabajos y de calumnias nos valga un dia semejante. (*Aplausos.*)

Me permito dirigir á mi vez un brindis análogo á los sentimientos que á todos nos unen. "Señores, á la unidad de los pueblos, à la unidad por las ideas, por las religiones, por los medios de comunicacion material, los ferro-carriles! á la unidad que centuplica las fuerzas del género humano con el poder de la asociacion, y que prepara la unidad divina, es decir, la confraternidad de todas las razas y de todos los hombres. (*Viva g universal adhesion*)

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA